



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...
Ave María...(x3)
Gloria...

5ta Rosa: La Culpa

Pecamos, caemos, herimos a los demás y a nosotros mismos y luego cargamos con la culpa por lo que hemos hecho o dejado de hacer. Al mal no le basta con hacernos tropezar, sino que se deleita contemplando cómo nos arrastramos tras la caída.

La culpa se nos presenta siempre como algo negativo, como el veneno que va matando el alma tras el error, pero ¿podríamos mirarla desde otra perspectiva? ¿Somos capaces de sacar partido de ella en lugar de cargarla como un peso adicional a lo que hemos hecho mal?

Con la rosa que entregamos hoy, le daremos a nuestra Madre, todas las culpas que cargamos en nuestra espalda, sin embargo, no se las presentaremos como algo malo de lo que nos queremos deshacer, sino como una ofrenda de amor que muestra la sensibilidad de nuestro corazón.

La culpa que se genera tras el pecado o las debilidades ante las que caemos, son una carga dolorosa y difícil de llevar. Llegan a convertirse en un círculo vicioso que no nos permite amar, pues cada segundo que gastamos sintiéndonos culpables, es un segundo en el que no estamos amando a Dios.

La culpa nos vuelve desconfiados e inseguros. Es reflejo de la poca confianza que tenemos en la Misericordia de Dios, que nos perdona desde el segundo mismo en que nos arrepentimos. Y lo más grave es que apenas empezamos a

pensar en la culpa, nos traiciona, haciéndonos caer en un espiral por la cual, el hecho de sentirnos culpables genera más culpa aún. Esa es la razón por la que, junto con esta flor, le pediremos hoy a María que cambie nuestro sentido de culpabilidad y nos ayude a ver este sentimiento con otra perspectiva.

En lugar de ver la culpa como algo malo, vamos a tomarla como el signo de que el alma no quiere despegarse de Dios. Es ella quien refleja la unión que tiene el alma con el Amor. Un alma que ama es un alma que se duele por el amado, que siente cuando le ha ofendido, que se desgarrar cuando se rompe esa unión. Sentir que algo se rompe, que se destroza por dentro y se inquieta, es señal de que se estaba unido a Dios. Si no hubiera existido tal unión, no se habría sufrido por la separación.

¿Cómo actúa el mal ante las almas que, teniendo esta unión, caen por su debilidad? Lo primero que hace es tratar de silenciar esa culpa, de distraer, callar y amenazar al alma para que no tenga ningún tipo de remordimiento ni contrición. Apenas aparece el dolor de corazón, el enemigo busca silenciar el grito del alma, como el niño al que se le tapa la boca cuando empieza a llorar. Mientras el dolor siga, el pequeño continuará gritando y, de este modo, si la culpa no puede ser silenciada, el demonio procede a dar un segundo paso: enreda el pensamiento con la culpa para que el peso de la falta no permita que el alma se levante. De este modo, cada segundo que se pierde en el sentido de culpabilidad es un segundo en el que se deja de amar.

Sólo María ha sido creada sin pecado. El resto de los seres humanos, nos enfrentamos continuamente con las consecuencias del pecado original, caemos ante nuestras debilidades, nos distraemos, perdemos la paz. Es normal tropezar, pues somos como niños que aprenden a dar sus primeros pasos. ¿Qué hacer cuando caemos? ¿Cómo responder frente a nuestros pecados?

Jesús se dejó clavar en la Cruz para alcanzarnos la redención, se dejó herir y matar para levantarnos del abismo y restaurar nuestra vida, para reparar el alma rota. Y nosotros, en palabras de San Pablo, completamos en nuestra carne lo que falta a la pasión de Cristo (Cfr. Col. 1, 24). Es por eso, que reparamos nuestra alma a través de los dolores cotidianos. Son los sufrimientos y crisis de cada día, los que, ofrecidos con amor, sirven para satisfacer por aquellas faltas que cometemos. De este modo, la culpa tras la caída, junto con los pequeños sacrificios que podemos entregar a Dios, son las oportunidades que se nos dan para ir sanando el alma.

Es bueno cuestionarse ¿Preferiría vivir libre de culpas, pero lejos del Amor? ¿Optaría por una vida placentera y sin dolor a costa de no restaurar mi alma? ¿Cuánto tiempo durará esta vida en la Tierra, frente a la eternidad de plenitud que Dios me ha preparado?

Cuando queramos callar las culpas y justificarnos para no sentir ese dolor de corazón que consume, debemos pensar que el cuerpo se corrompe y envejece, que el placer cesa y la atracción hacia lo concupiscible termina. ¿Qué queda, pues,

después de eso? Solamente el alma. Un alma herida que no se degrada, un alma que desea levantarse y seguir amando.

¡Qué astuto es el mal que trata de callar la culpa tras lo inmediato, lo fácil, lo palpable! Esta es la razón por la que, desde hoy, nos propondremos no rechazar más las culpas y dolores que sentimos en el corazón. Sin embargo, le pediremos a nuestra Madre, que tome esta rosa y transforme la culpa en verdadera contrición. Que nuestras caídas nos lleven a un arrepentimiento profundo, que nos lleven a un estado de unión con Dios mayor del que teníamos antes de caer. Aprendamos de nuestras faltas a dolernos por el Amor al que hemos ofendido y busquemos con un corazón contrito el sacramento de la Confesión para limpiar nuestra alma y retomar el camino de la salvación.

ORACIÓN PARA PEDIR LA CONTRICIÓN

He pecado, Madre. Por negligencia, soberbia, debilidad u omisión, he lastimado el Corazón de tu Hijo y ahora me pesa la carga de mi falta. Me siento indigno de acercarme a Jesús y tengo vergüenza de presentarme sucio y humillado.

Pero, no quiero dejarme aplastar por mi pecado y perder el tiempo que me ha sido entregado para amar. Es por eso, que hoy te pido la gracia del verdadero dolor de corazón. Alcánzame, María, una contrición perfecta, que sirva como reparación por la falta cometida y me impulse a seguir sirviendo al Señor con alegría.

Recibe mis lágrimas y sufrimientos. Haz que sean de dolor y arrepentimiento, pero también de amor sincero que confía en la misericordia del Señor. Que el dolor sentido por mis pecados sea proporcional al amor de Dios que arde en mi corazón.

Recibe hoy mi culpa, no como una carga, sino como la muestra de que mi alma anhela unirse a Cristo. Toma el dolor de haberle ofendido, en reparación por todos aquellos que callan la voz de su conciencia y no se arrepienten de sus pecados. Te pido por ellos, para que escuchen el grito del alma y se dejen herir por el amor de tu Hijo que nos abraza a todos en la Cruz.

Amén